



EL SENDERO DE LA LUNA LLENA

Autor: Andrei Madelin

Ganador del apartado Relato Corto Juvenil 2013

A todo el mundo le ocurre un acontecimiento en su vida que repercute a lo largo del tiempo. La memoria resucita y los recuerdos atacan ferozmente nuestro corazón extendiendo la nostalgia, como una mancha, a nuestro alrededor.

Elisa solamente tenía dieciséis años cuando se aventuró junto con su hermano en el más siniestro misterio, pagando la insensatez a un alto precio.

Rondaba 1992, en una hermosa ciudad denominada Arlés, situada en el sur de Francia, en el departamento de Bocas del Ródano. El río Ródano se divide en dos brazos en Arlés, y ese mismo río fue el lugar donde Elisa Lemoine y su hermano menor, Damien, jugaban desde pequeños. Con diez años, Elisa ya conoció la parte amarga de la vida, su madre contrajo una enfermedad mortal. Los médicos no se explicaban los síntomas ni la causa de los fuertes dolores que sufría. Al cabo de seis meses falleció, pero antes, en su lecho de muerte, y sacando fuerzas de un lugar desconocido, llamó a su hija y le dirigió estas palabras, que serían las últimas.

-Elisa, me iré a un lugar muy lejano, y para siempre, pero eso no significa que me vaya de tu corazón –sonrió con pesar la mujer–. Escucha hija, nunca debes caminar por el sendero de la orilla del río Ródano a la luz de la luna llena, prométeme que no lo harás –la mujer miró a la niña con una mirada tierna y suplicante a la que la niña afirmó moviendo la cabeza reiteradamente–. Cuida de tu hermano, tesoro.

En ese instante la mujer cerró los ojos y, poco a poco, quedó dibujada una sonrisa en su rostro. Elisa rompió a llorar y su hermano no pudo evitar asustarse y ahogarse también en esas lágrimas. Quería gritar pero solamente sollozaba sin casi poder respirar, con un dolor desconocido en el pecho. El padre yacía hundido, abrazado al inerte cuerpo de su mujer y totalmente pálido.

El padre no pudo superar la muerte de su esposa y comenzó a beber más alcohol del que era razonable, en un impulso de ahogar la muerte de su mujer, pero solo conseguía hundirse más y más en un abismo del que ya no saldría. Elisa y Damien tuvieron que ir a vivir con su abuelo materno. El abuelo Benjamín acogió a los huérfanos en su hogar, y pese a su rudeza y brusquedad, hizo todo lo que pudo, y supo, por ayudarles a ser niños de nuevo.

Pasaron los años, lentamente y sin prisa, les llegó algo de la calma perdida. Elisa y Damien iban todos los domingos al cementerio a poner flores en las tumbas de sus padres. Asistían al colegio y eran estudiantes excelentes. Lo más importante de todo era que los chicos volvían a sonreír y tenían amigos. Mientras Damien quedaba a jugar con sus amigos, Elisa solía dar paseos por la orilla del río Ródano. Los recuerdos ametrallaban su mente pero la melancolía dejó de estar presente en su corazón. Cada recuerdo envolvía una emoción, y a la vez ésta, daba lugar a un estado de armonía, que siempre se acompañaba de una sonrisa en su rostro. Para ella, no había nada más hermoso que el paseo al atardecer por el sendero del río.

Una tarde, cuando Elisa contaba ya catorce años, paseando por la orilla, se dio cuenta que aquella noche era luna llena. Se acordó de las palabras de su madre y volvió rápidamente a casa, pero no para cumplir la advertencia, sino porque la curiosidad se arrastraba en su interior, como una serpiente, que no dejaba su conciencia tranquila. El abuelo Benjamín estaba sentado en el portal leyendo un libro, adoraba la lectura y cuando uno está jubilado, invierte su tiempo en las cosas que más le gustan y que antes no podía hacer. Era un hombre sabio, de personalidad terca pero, el tiempo pasado con él permitía notar el tinte tierno que acompañaba todos sus actos. Elisa, con la confianza de los años, le pidió a su abuelo que le aclarara por qué su madre le hizo la advertencia sobre el río y la luna llena. Benjamín vaciló un instante con la mirada fija en la nada, y la invitó a entrar en la casa. Estaban solos, prepararon un té y el abuelo empezó diciendo:

-Siempre ocurren cosas extrañas en las noches de luna llena a los que están a la vera del río. Esas personas desaparecen, o contraen extrañas enfermedades que acaban en muerte, pierden la memoria de lo sucedido o simplemente murieron poco después. Es un misterio, querida niña.

-Se dice que –prosiguió–, el espíritu de un soldado romano que se rebeló ante Constantino el Grande, vuelve cada noche de luna llena al lugar de su muerte sediento de agua.

-¿Y por qué busca agua del río, abuelo? –interrumpió Elisa.

-Al parecer, el soldado fue capturado en el coliseo, nuestra plaza de toros, y lo condenaron a pasar dos semanas sin beber agua, finalmente, una noche, lo llevaron al río Ródano y lo mataron ante el río, con el castigo añadido de contemplar el agua sin dejarle beber de ella. Aquella noche hubo luna llena, y se dice que el soldado vuelve para beber en esas noches, y el resto... Bueno, nadie sabe con certeza por qué ocurren esas desgracias, algunos dice que el soldado siente como enemigo al que encuentra cerca del río, lo siente como un subordinado de Constantino y quiere vengarse, otros, menos místicos y más ecologistas, hablan de la contaminación de las aguas. Ya sabes, muchas opiniones y ninguna certeza. Pero lo que sí sabemos es que muchas personas evitan estar cerca en las noches de luna llena, los temerosos de Dios incluso rezan esas noches para que no ocurra ninguna desgracia.

Viendo la cara pálida de Elisa, calló de repente y le dijo, con un ademán de desdén fingido: –Niña, no te preocupes, no es más que un cuento. Leyendas urbanas, anda, no te asustes– añadió con una sonrisa forzada.

Elisa no podía dormir, pasó la noche dando muchas vueltas a la historia que su abuelo le había contado. Se acordó de que mencionó que las personas que estuvieran en ese lugar podrían contraer enfermedades extrañas y pensó en la posibilidad de que su madre hubiera en el sendero a la luz de la luna llena y por eso enfermara repentinamente y muriera, pero claro, su madre habría sido también advertida por su abuelo y no hubiera ido. Oh, qué lío tenía en la cabeza. Estuvo toda la noche pensando en ello pero, por mucho que intentaba encontrar una respuesta no había forma. Tomó una decisión, solo lo sabría si lo viviera ella misma. Era demasiado arriesgado, y la aventura la asustaba, pero sobre todo no quería desobedecer la petición de su madre. Fue hasta la ventana y miró cómo las estrechas calles estaban iluminadas por la luna.

-Menudo fastidio eso de que no puedas estar tranquila sin saber la verdad y a la vez, saber que te sumergirías en un peligro e incumplirías una promesa si buscas dicha verdad –se dijo a sí misma dejando un suspiro que se extendió por la noche.

Elisa trató de no prestar más atención a esas ideas e intentó proseguir con su vida normal, como si nada de eso hubiera pasado, pero una cosa es decirlo y otra muy diferente hacerlo...

Dos años después ya era una auténtica mujer. Damien, por su parte, era el chico más destacado de su curso. En fin, responsables sí, pero Elisa no sabía que estaba cometiendo la mayor imprudencia de su vida. Damien nunca supo las últimas palabras que la madre dirigió a su hermana antes de morir. Él ignoraba que hubiera alguna leyenda sobre el sendero de la luna llena y Elisa no vio necesario contárselo y preocuparlo innecesariamente.

Ese verano hacía un calor poco habitual en Arlés, y Damien no podía dormir por esa oleada de calor y salió a dar un paseo. Elisa estaba en el salón haciendo las tareas para el día siguiente y el abuelo Benjamín ya estaba en la cama.

Damien se despidió de Elisa y salió a recorrer la ciudad. Elisa no reparó en ello, pero sin saber cómo, algo la intranquilizó y salió disparada hacia la ventana, viendo que esa noche había luna llena. Tardó unos minutos en reaccionar. Sin pensarlo, se lanzó a la calle corriendo sin pausa en busca de Damien, temiéndose lo peor. Tenía la esperanza de encontrarlo a tiempo, pero no fue así. Llegó al sendero sin resuello. La luna llena brillaba en la superficie del río, iluminando como un faro los malos presagios del endiablado camino. Pudo ver a lo lejos la silueta de Damien. El corazón de Elisa latía cada vez más fuerte y seguía respirando con dificultad. Tenía miedo pero eso no le impidió salir al encuentro de Damien. Gritó varias veces para llamar su atención, al cabo de lo que le pareció una vida completa, logró hacerse oír. Elisa le dijo que debía salir de ahí, volver rápidamente con ella. Damien no acababa de comprender el peligro que expresaba la cara de su hermana pero la desesperación de ésta hizo a Damien acceder a volver. El camino fue largo y muy tenso para Elisa. Al llegar al barrio donde vivían, lanzó un suspiro y sintió que, aunque se había quitado un gran peso de encima, había envejecido unos diez años, y más cuando oyó la tos de Damien, esa terrible tos tan familiar, esa tos que había acompañado los últimos días de su madre. Elisa palideció pero el chico la tranquilizó diciendo que no era nada, que se calmara ya. Y para que dejara de estar preocupada con él, le contó pensativo:

-Allí en el río ocurrió una cosa muy extraña. Había un tipo bebiendo agua -notó mi presencia, no sé cómo, porque yo estaba bastante alejado de él-. De repente empezó a mirar hacia mí, se levantó enfurecido, parpadeó y al volver a mirar ya no estaba. ¿Extraño verdad? –sonrió.

Para Elisa, más que extraño fue estremecedor. Ella sabía a quién se refería y se temía lo peor. En los días posteriores no pasó nada significativo ni preocupante, así que intentó olvidar lo que ocurrió, pero al cabo de un mes Damien cayó enfermo. Tenía los mismos dolores y síntomas que tuvo en su día su madre y, desgraciadamente ocurrió lo mismo. Seis meses después, el corazón de Damien se detuvo, dejando un profundo vacío en Elisa y en su abuelo. Esta vez no hubo consuelo y Elisa cayó en una profunda depresión porque la culpa por la muerte de su hermano no dejaba de corroer su interior, lamentándose y torturándose por no haberle advertido y, junto a esto, estaba el incumplimiento de la promesa que había hecho a su madre.

Hay ciertos acontecimientos en nuestra vida que dejan huella. Ocurren en un momento dado y después los ignoramos, intentamos olvidarlos pensando que nunca volverán. Ese fue el peor error que pudo cometer Elisa. Todo repercute en el futuro y si en el pasado hubo un mal, volverá en el futuro como un boomerang.

Elisa no pudo combatir la pena, pero sí decidió combatir con la muerte. Tras muchos meses cautiva en sus propios pensamientos, decidió averiguar el verdadero secreto del sendero, la luna llena y el maldito soldado. Ella sabía que sería peligroso, pero eso ya no tenía ninguna importancia, su vida no valía para nada. Elisa estuvo buscando en la biblioteca de Arlés cualquier documento que le sirviera para averiguar cómo podían ocurrir todas esas muertes. No conseguía explicarse cómo su hermano, su madre, y tantos otros desconocidos, contraían una enfermedad extraña y mortal. Era un pensamiento que la atormentaba.

Día tras día iba a la biblioteca y consultaba manuscritos, pergaminos, tomos descatalogados. Lo que fuera, cualquier cosa que le proporcionara algo de luz, pero día tras día, sus búsquedas eran en vano. Pasaron semanas de investigación que, finalmente, dieron fruto. Un viejo libro, por llamarlo de alguna forma ya que estaba deslomado, despaginado y casi desdibujado. En él se narraban las batallas de Constantino el Grande. Entre ellas una llamó la atención de Elisa. La historia de Piltus, el soldado que se reveló ante el poder de Constantino.

Piltus era descrito como un hombre solitario, rechazado por las damas, que nunca encontró el cariño que creía merecer. Con el paso del tiempo su odio y crueldad se incrementaron, y su amabilidad murió. Era un soldado ejemplar, su disposición a la obra de Constantino no tenía igual. No mostró piedad, debilidad ni duda en el campo de batalla. Para Constantino era un orgullo. Pero las cosas iban a cambiar muy pronto.

Tras una campaña, Piltus capturó a una joven que huía, perseguida y acusada de haber matado a un hombre –lo que en esa época era imperdonable. Una mujer no podía rebelarse ni defenderse ante ningún hombre, hiciera éste lo que hiciera. Constantino quiso utilizarla como escarmiento ante cualquier intento de rebeldía y encerró a la muchacha en el calabozo. Mandó a Piltus el encargo de persuadirla para que se retractase de lo que había hecho, y dejarla morir después. Piltus, sin dudarlo, se encomendó a cumplir las órdenes dictadas. Pero el tiempo jugó en su contra, y la joven

cautiva conquistó su pensamiento, su corazón, su vida. Acum -así se llamaba- era una vagabunda. Huérfana de madre, con un padre miliciano de Constantino, nunca tuvo familia ni cobijo.

Quién hubiera imaginado que el soldado más fiero y frío se ablandaría con las historias que Acum contaba día tras día. Todo se le hacía más soportable cuando estaban juntos. Aunque ella estaba encerrada en el calabozo, el cautivo y preso era Piltus. Constantino notó el cambio en su mejor soldado y sospechó de la influencia de esa presa. Sin embargo, no había llegado a ser el dirigente de un Imperio sin ser astuto y sagaz. No estaba dispuesto a perder a uno de sus mejores hombres y tampoco quería tenerlo como enemigo. Para acabar con aquello, Constantino dio indicaciones de que envenenaran el agua que la presa tomaba, lo que le causaría dolores insoportables y que desembocaría, finalmente, en su muerte. Un mes después, Acum se aquejaba de fuertes dolores. Piltus sospechó la treta de Constantino y, completamente enojado, salió en su busca. Se enfrentó a él durante uno de los discursos, que el regente daba para aplacar el hambre de la muchedumbre. -Esa falta y en público- Constantino no podía dejar aquella afrenta sin castigo. Y Piltus fue encarcelado, entre los abucheos del pueblo. Acum murió poco después, en los brazos de su amado. La rabia y la pena se mezclaban en él, ni lo debilitaba la falta de comida y agua, tan fuerte era su odio. Sin dejar de maldecir, gritaba día y noche. El pueblo estaba indignado y Constantino asustado. Si esto hacía que se enojaran lo suficiente, no estaba seguro de la supremacía de sus soldados frente a un pueblo enardecido y hambriento. La decisión era difícil porque lo que comenzó como un escarmiento podría acabar con su reinado. Pero había que hacer algo ya. Ordenó a dos fieles generales que, durante la noche, sacaran a Piltus del calabozo y alejados de la ciudad, lo mataran. Lo llevaron a orillas del río y acabaron con su vida... una noche de luna llena”.

Elisa a medida que leía la historia fue encajando todas las piezas del puzzle. Trató de buscar el nombre del veneno que había usado Constantino contra Acum. Estaba segura que ese veneno tenía relación con las enfermedades y las muertes ocurridas en su familia. Los síntomas, los terribles dolores, la muerte, todo era igual. Y todo ello giraba en torno a Piltus.

Elisa sabía que no podía contar con nadie para resolver la situación. De entre sus vecinos y conocidos, unos estarían asustados, otros ignorarían su miedo y, los más numerosos, la tomarían por loca. Todo apuntaba en una única dirección. Acercarse personalmente a Piltus una noche de luna llena.

Diciembre llegó, había pasado ya un año desde la muerte de su querido Damien, hacía frío y la noche envolvió la ciudad con un manto tenebroso que dejaba pasar lúgubres rayos de luna llena.

Ni el miedo ni el frío la harían desistir. Si quería tener un futuro, debía enfrentarse cara a cara con el pasado.

Se vistió y salió de casa. La oscuridad y el miedo, le helaban la sangre y la voluntad. Avanzó cautelosa por el sendero, y encontró lo que buscaba, o eso creyó. A lo lejos distinguió una silueta sentada en la orilla contemplando el río.

“¿Es él?” –se preguntaba Elisa, mientras deseaba inconscientemente que no lo fuera.

Se armó de valor y se encaminó hacia la silueta. En la cercanía pudo ver que se trataba de un hombre de pelo oscuro y barba rala. Éste fijó su mirada en Elisa, que estaba ya a menos de cinco pasos. Ceñudo, se levantó, dándose la vuelta y caminando, dejó atrás a Elisa.

La impresión la hizo tardar en reaccionar, pero no lo suficiente como para no gritarle al hombre, pidiéndole que se detuviese. Éste se paró y esperó a la joven, que venía corriendo detrás.

-Sé quien eres y sé lo que has vivido. ¿De qué te sirve quedarte aquí y seguir torturándote noche tras noche, matando a personas inocentes de tu desgracia? –preguntó Elisa con una lágrima resbalando en su mejilla.

El hombre extendió su mano hacia ella y le entregó un collar.

-Esto pertenecía a Acum –sonó la áspera voz-. Vengo aquí cada noche de luna llena porque la estoy esperando. Nos prometimos antes de su muerte encontrarnos en libertad, junto al río, pero ella no viene. –Con pesar y dolor en su rostro, dijo a Elisa- No mato por placer, es una maldición. No tuvieron suficiente con matar al amor de mi vida, y con destruir la mía. Constantino teniendo miedo de mí, incluso ya muerto, confabuló esta maldición, y todo aquel que esté a mi lado... morirá entre dolores terribles y mucho sufrimiento.

Elisa dio un paso atrás.

-No te preocupes, este collar impedirá que sufras algún daño estando en mi presencia. Te doy el collar de Acum. Ya no me quedan fuerzas para seguir volviendo cada noche y tú... tú me recuerdas muchísimo a ella, y a tu madre. Yo nunca quise matarla, ni a ella, ni a tu hermano, ni a nadie. Me marcharé para no volver jamás, pero si alguna noche te encontraras con Acum quisiera que le dijeras que la he esperado, que la sigo queriendo, que ni la muerte podrá quitarme eso –sonrió-.

Elisa se estremeció ante esas palabras.

Tenía muchas preguntas, pero Piltus hizo un ademán que la detuvo. Él se acercó, le dio un beso en la frente y, tras un parpadeo, Piltus había desaparecido.

Los días posteriores fueron grises y vacíos. No era fácil para Elisa olvidar lo sucedido aquella noche. Elisa no cayó enferma, cada día acariciaba el collar con todo el cariño y amor que sentía, pensando en que su familia estaría descansando en algún lugar precioso y cálido, y que Piltus y Acum, en algún momento, volverían a estar juntos.

Este sentimiento y el perdón hicieron que la pena fuera desapareciendo y la sonrisa tomara pulso en su mirada. Ya había luz que la guiara, un futuro y una vida por vivir.